

comienzo a estas páginas, J. Urdeix señala la impronta bíblica de esta catequesis sobre la oración del anterior sucesor de Pedro. «El papa Benedicto, por otra parte, nos invita a considerar la oración como un arte, es decir, añadiendo lo que sería un oficio aquel *plus* de creatividad del hombre que personaliza más específicamente cada una de sus obras» (p. 5).

El texto empieza pues con una fundamentación antropológica, donde propone al ser humano como un *homo orans*, la necesidad del silencio para escuchar la voz de Dios y la oración entendida como un arte, como un ejercicio paciente de una relación (pp. 7-22). Esta perspectiva ascendente es completada con la descendente: en primer lugar, con el ejemplo de la oración de Jesús a lo largo de su vida. La culminación de ésta en el huerto de los olivos y el silencio de Jesús suponen una lección para todo cristiano (pp. 23-74). Después es propuesta como modelo la oración de los primeros

cristianos: María, los apóstoles, san Esteban y san Pablo (pp. 75-132). Lógicamente, en este análisis bíblico, es destacada su relación con pentecostés, así como la profundización paulina en torno al concepto de oración filial, a partir del padrenuestro y del *Abbá* de los creyentes.

En fin, culmina todo este recorrido con un análisis de la relación entre oración y liturgia a la luz de los relatos del Apocalipsis. Aquí afloran de modo especial dos grandes amores del papa Benedicto: por un lado, la Escritura como alma de toda teología y, por otro, la necesidad de una oración litúrgica. Esta parte final resulta especialmente importante para unir las dimensiones personal y comunitaria en la vida de la Iglesia, otro gran amor del Papa bávaro. En definitiva, un valioso legado sobre aquello que se encuentra en el corazón de la vida cristiana.

Pablo BLANCO

Luigi GIUSSANI, *Toda la tierra anhela ver tu rostro*, Madrid: Encuentro, 2018, 195 pp., 15,5 x 22, ISBN 978-84-9055-920-8.

El presente volumen, traducción del original italiano *Tutta la terra desidera il Tuo volto* (2000), pone en manos del gran público parte de la experiencia de vida de oración de Luigi Giussani (1922-2005), fundador del movimiento eclesial Comunión y Liberación. Se trata de un conjunto de meditaciones, originadas en ocasiones diversas, sobre algunas oraciones, himnos y cánticos de la liturgia cristiana (gregorianos, trapenses, de la tradición). El libro, concretamente, consta de una «Premisa» (la oración personal; la oración de san Anselmo; la oración de san Gregorio Nacianceno; la oración del padre Grandmaison: Giussani comenta una oración de cada una de estas personas) y dos partes: la primera,

dedicada a himnos litúrgicos (veintidós textos, entre los que encontramos, por ejemplo, *Jesu, dulcis memoria*; Al alba naciente del día; Eterno inmutable Dios; Radiante entre densa penumbra; Salvados por la sangre del Cordero; *Ave maris stella*; *Omni die*); la segunda, a otra decena de textos como, por ejemplo, el Ángelus; el Magnificat; *Christe, cunctorum*; Dios mío, ven en mi auxilio. Las meditaciones son, en general, breves; un poco más extensas son, por ejemplo, las dedicadas al Ángelus y a *Christe, cunctorum*. El prólogo y la selección de los comentarios corre a cargo de Milene di Gioia; la traducción y adaptación a la liturgia española es de Carmen Giussani; colabora José Luis Almarza.

Dice Giussani que «la clave de todo nuestro discurso espiritual es la petición; la petición como expresión normal de la conciencia de nosotros mismos. Somos conscientes en la medida en que pedimos; vivimos como hombres verdaderos en la medida en que pedimos. ¿Pero qué es lo que hemos de pedir? (...) Por encima de todo, la petición es que Cristo venga y tome posesión de mí; que sea Él el que dé forma a mis pensamientos, superando los límites inexorable en que brotan, franqueando sus fronteras, su exiguo perímetro, de modo que mi corazón se vuelva disponible a su sabiduría infinita» (13). Junto a la «petición», la segunda palabra que define a la oración, dice Giussani, es «memoria»: la oración cristiana tiene como contenido una historia, algo que ha sucedido y que sigue aconteciendo en el presente. Se trata, por tanto, de tomar conciencia de una Presencia viva que nos alcanza, al advertir su invitación a una tarea; la oración surge de una pasión por esa tarea (cfr. 2 Co 5,14-15). Podría decirse que la oración es una iniciativa del orante que responde a una iniciativa previa. Así, es tanto una toma de conciencia de uno mismo como de la Presencia que me antecede y me llama.

Giussani comienza así su meditación sobre el *Magnificat*, antes de fijarse en el texto frase a frase: «Cuando la Virgen prorrumpió en el canto del *Magnificat* manifestó la conciencia de que, con su “sí” a lo que estaba sucediendo, asumía el sentido de toda la historia. En el Hijo que llevaba en su vientre se reunía la historia entera; el gesto con el que lo amamantaba estaba en el corazón de la historia, porque aquel niño era el significado de la historia entera,

el sentido mismo de la historia. Esto es también verdad para mí, en la medida en que realizo cualquier gesto por amor a Cristo, con la conciencia de que todo le pertenece; entonces mi gesto se convierte en la prolongación del *Magnificat*. Ésta es la gracia que, en cualquier situación, nos permite comprobar que nuestra vida personal incide en la historia» (p. 154). La disponibilidad libre de María hace posible que el plan de Dios, su disponibilidad, su decisión gratuita de encarnar la caridad y la misericordia, se realice. La gratuidad que es Jesucristo se refleja en la gratuidad con la que responde María: el sí de María es el primer instante en que la gratuidad de Dios se hace humana, ante de que Dios comience a ser hombre.

Sobre esta idea de fondo, Giussani comenta el texto, afirmando que la Virgen es oración en acto pues, después del anuncio, cada instante de su existencia está definido por la relación con la criatura que lleva en su seno o que tiene delante. Esta oración en acto es la conciencia de sí, la conciencia de la relación con el propio destino; por eso es la única actitud digna del hombre, en la que su vida se realiza enteramente, en todo su alcance. Al margen de una actitud orante, somos menos humanos, en el sentido literal del término: «no podemos tener el sentimiento de nuestra nada (...) si no tenemos conciencia de la grandeza de la tarea a la que Dios nos ha llamado. La gloria de Cristo no está en nuestra tarea laboral, cualquiera que sea, sino en la profundidad con que vivimos todo lo cotidiano» (pp. 156-157).

Juan Luis CABALLERO